

# Presentación

Vengo trabajando con este libro hace ya más de cuatro años. Al traducirlo, me he sentido muy cerca de las inquietudes expresadas por su autor. Por eso, quise conocerlo a él personalmente, aprovechando un viaje que hice a Europa por razones familiares. Mi señora me animó a visitarlo. Y fuimos juntos.

El sábado 22 de septiembre de 2005 llegamos a Vorderhornbach, un pueblo perdido en las montañas del Tirol austríaco. Después de la última estación de un pequeño tren local, tomamos un bus que en media hora nos llevó hasta el pueblo. El conductor del bus conocía al párroco... «pues, ¿cómo no?, ¡sí todos lo conocen!». Se detuvo frente a la puerta de su casa, y desde su asiento nos anunció a quien ya nos esperaba afuera: «¡Visitas para usted, Padre!».

Esa noche lo habíamos invitado a cenar en una posada donde él mismo nos había conseguido alojamiento, pese a que en la baja estación turística los hoteleros descansaban o remozaban sus instalaciones y sólo quedaban los lugareños viviendo en ese pequeño pueblo campesino. ¿Visitas para el P. Lenaers? La dueña de la posada se había encargado ya de invitar a varios amigos y colaboradores parroquiales a compartir la curiosidad. ¿Que a qué veníamos? «Pues a conocer a vuestro párroco por un libro suyo que leímos en Chile». «¿Tú... escribiste un libro?», le preguntaron entonces, entre admirados y divertidos, los hombres y mujeres de la pequeña tertulia.

Al hombre sonriente y lleno de humor que íbamos a visitar, los feligreses lo conocían sólo por su cercanía humana y su trabajo pastoral, ignorando sus preocupaciones teológicas. Pero nos transmitieron que lo sentían como uno de los suyos. Poco antes habían celebrado su cumpleaños dibujando la figura del número 80 con enormes antor-

chas clavadas y encendidas por la noche en varias de las laderas -a nuestros ojos inaccesibles- de las montañas que rodean al pueblo. Y claro, era un homenaje apropiado para quien no se les quedaba atrás -nos contaron- cuando escalaba cerros con grupos de jóvenes y adultos de la parroquia, entre los que hay guías montañeses.

Lenaers había llegado por propia voluntad a Vordernhornbach en 1995, después de su jubilación. Antes había trabajado como profesor y guía de juventudes en un colegio jesuita de Bélgica flamenco. Era además autor de varios libros de filología clásica y de numerosos artículos de reflexión teológica. Los Alpes tiroleses le habían encantado desde sus tiempos de juventud, cuando los había recorrido con jóvenes estudiantes o profesionales flamencos en jornadas y retiros. Al jubilarse, se le había ofrecido al obispo del lugar -en una diócesis escasa en clero autóctono- para hacerse cargo de una de sus parroquias. El obispo le confió dos pueblos cercanos a pocos kilómetros el uno del otro. Desde entonces, se traslada entre ambos en motoneta para sus visitas y servicios pastorales. Aunque, como lo vimos al día siguiente, los fieles tratan de impedirle este medio de transporte, ofreciéndole llevarlo más bien en auto para la segunda misa, la del pueblo vecino.

Las conversaciones de dos cortos días con los feligreses y con él mismo y la celebración litúrgica del domingo nos dejaron la impresión de un hombre para quien el uso de la razón crítica no va reñida con la fe en el Dios de Jesús ni con la sencilla convivialidad y solidaridad humana.

El cree en el Dios de Jesús, pero siente que el lenguaje que sigue utilizando la iglesia no le dice ya más nada a los hombres y mujeres de hoy, porque sus términos y su mentalidad provienen de visiones del mundo y de la sociedad vigentes hasta la Edad Media, pero incompatibles con el sentido común contemporáneo.

Su libro es claro, sencillo en su lenguaje y convincente por la lógica de su argumentación. Es cierto que con su crítica a las autoridades eclesíásticas y a las representaciones dogmáticas sacude muchas «verdades» tradicionales, proclamadas como inmutables por la iglesia. Pero al mismo tiempo abre perspectivas para que cada cual vaya buscando nuevas formas de expresar su ser y actuar cristiano, más acordes con la mentalidad contemporánea y, a la vez, con el mensaje evangélico más originario. La coherencia de la propuesta de Lenaers puede liberar espiritual e intelectualmente a muchos. Y devolver autonomía de pensamiento y decisión a quienes se sienten atados por decretos autoritarios y doctrinas sin fundamento suficientemente razonable.

Lo que Lenaers lleva a cabo en su libro, es una revisión de todo el catecismo y una invitación a buscar a Dios en el corazón mismo de la materia y de la conciencia, como impulso de vida y proyecto de futuro. Y no en un mundo lejano «allá arriba» –ni tampoco en los dictámenes de una iglesia autoritaria-. El foco de su atención es Jesús de Nazaret visto como un hombre en búsqueda, cercano a nosotros en su debilidad y en su esperanza, y por lo mismo, expresión y figura de un Dios que va creciendo y padeciendo, junto con el ser humano, en una historia compartida.

Nuestra visita a Vorderhornbach nos mostró que el P. Lenaers no inquieta a los campesinos y artesanos del lugar con los cuestionamientos de la razón crítica que aparecen en su libro. Vive sencillamente con ellos, participando en sus fiestas y en sus dolores, como amigo leal y respetuoso. Les acompaña domingo a domingo con misas que guardan todas sus tradiciones, en su antigua iglesia barroca, blanca y dorada, con monaguillos de rojo que hacen tintinear las mismas campanillas a que están acostumbradas sus abuelas. La diferencia está en que, en su sermón, él no impone verdades ni expone teorías inverosímiles, sino que plantea preguntas e invita a reflexionar, a cada cual por sí mismo, sobre las posibles respuestas. Y a tomar decisiones en consecuencia. Autónomamente.

He querido traducir este libro porque he visto reflejadas en él las inquietudes y preguntas de muchos que ya no creen lo que oyen en las prédicas o leen en los catecismos tradicionales. En al menos un grupo de trabajo o taller, y por cierto con los colegas del Centro Ecu­ménico Diego de Medellín en Santiago de Chile, hemos leído en común algunos de sus capítulos. Quienes han participado en estos talleres, me han pedido insistentemente que este libro sea publicado en castellano. Aquí va, pues, su traducción, en la que me ha ayudado mucho mi compañera y esposa, Verónica Salas, a quien agradezco su dedicación, la esmerada precisión de sus observaciones y sugerencias críticas y el rico intercambio en que hemos realizado este trabajo en común.

Agradezco también a mis compañeras y compañeros del Centro Ecu­ménico por su aliento y sus aportes críticos. Un agradecimiento especial va a José María Vigil que ha pulido la traducción y, con el dinamismo que le es propio, ha impulsado y hecho posible la edición y publicación de esta obra.

**Manuel Ossa**

Pirque, Chile, Pascua de 2008.